

E. TUSQUETS / M. IRIARTE

*Cartas olvidadas
de Jane Eyre y Anna Karenina*



La novela epistolar de dos
de las heroínas más amadas
de la literatura universal

Cartas olvidadas
de Jane Eyre y Anna Karenina

COLECCIÓN
LITERADURA

Eugenia Tusquets y Marga Iriarte

Cartas olvidadas
de Jane Eyre
y Anna Karenina



Primera edición: junio de 2021

© Eugenia Tusquets, 2021

© Marga Iriarte, 2021

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2021
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-122371-7-7

Dep. Legal: M-15800-2021

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta e imágenes de interiores: © Eugenia Tusquets, 2021

Impresión y producción gráfica: Artes Gráficas Cofas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

PRÓLOGO

DE EUGENIA TUSQUETS Y MARGA IRIARTE

EN MARZO DE 2020, durante el confinamiento y el estado de alarma en España, hablábamos por teléfono de las lecturas y de cómo organizábamos nuestro tiempo en casa. Releer novelas clásicas se convirtió en objeto de conversación recurrente. *Jane Eyre* y *Anna Karenina*, las dos novelas del siglo XIX que toman su título de las protagonistas, figuraban entre nuestras preferidas. No sabemos cómo o qué fue lo que disparó la idea de escribir sobre ellas mediante el recurso epistolar como técnica narrativa. Enseguida nos pusimos manos a la obra; quedó claro desde el principio quién vestiría de Jane y quién de Anna. Desde la primera carta, las personalidades de las protagonistas se encarnaron en nosotras. Tan vívida era su presencia que nos contábamos las peripecias como si en realidad fueran propias. En eso consiste la literatura. Jane y Anna son amigas leales, les preocupa la sociedad intransigente y el mundo que se abría entonces al progreso tecnológico y científico. Son, sobre todo Jane, muy sensibles a las nuevas corrientes pictóricas

y literarias; quieren participar en la sociedad y son conscientes de que los prejuicios contra las mujeres representan un obstáculo casi insalvable. A pesar de que la cronología las sitúa en la segunda mitad del siglo XIX, nada nos separa de ellas. Ciento cincuenta años más tarde sentimos, gozamos y padecemos en la misma medida. En el universo emocional de Anna, tan parecido al de otras tantas mujeres, la búsqueda del amor ideal le resta capacidades para construir su vida, detenida para siempre en la mirada del hombre deseado. Jane no busca, encuentra: su punto de vista es el de una mujer moderna que huye de los engaños de la ilusión amorosa. La fiebre del enamoramiento no perjudica a su posición de mujer que no se somete a los convencionalismos, en este caso, de la primera época victoriana. Es una artista y sabe que esta condición le permite una libertad de la que carecen otras mujeres.

Hilar dos sociedades, la inglesa y la rusa, dos modelos de protagonistas literarias —la una simboliza el coraje frente a las injusticias, la otra, la insatisfacción amorosa y la rebeldía estéril— ha exigido una lectura atenta de las dos obras y, lo más importante, la sintonía mental y emocional con ellas. El personaje de Jane Eyre lo construyó Charlotte Brontë, y sus vivencias son un artefacto potente que desmonta las apariencias de novela romántica; denuncia un sistema social abusivo, el que somete a las mujeres a la esclavitud económica y social. En el otro lado, León Tolstói imagina a Anna Karenina y la hace adúltera porque quiere —y lo consigue— desnudar la hipocresía, el cinismo y las desigualdades sociales que emergen a lo largo de la novela.

Las dos obras constituyeron un punto de partida para desatar la camisa de fuerza que constreñía a las mujeres. Nosotras queremos rescatar la memoria de ambas y, con ello, sacar del olvido a aquellas que fueron calificadas de excéntricas o indecorosas.

Cartas olvidadas
de Jane Eyre y Anna Karenina





I

DOS AMIGAS



SAN PETERSBURGO

Smith, Elder & Company (Publisher)
15, Waterloo Place
London

Respetables señores:

Me atrevo a dirigirme a ustedes impulsada por la lectura de la maravillosa obra *Jane Eyre*, firmada por Mr. Currer Bell, de la que poseo un ejemplar que he leído media docena de veces y del que siempre extraigo nuevas enseñanzas. La edición es de 1847. Publicada en su distinguida editorial, llegó hasta mí en compañía de miss Sullivan, la institutriz inglesa que estuvo conmigo hasta mi boda.

Por miss Sullivan sé que las siguientes ediciones de *Jane Eyre* han aparecido con el auténtico nombre de su autora, la señora Charlotte Brontë. Les agradecería infinitamente que le hicieran llegar la carta que contiene el sobre cerrado que he unido a esta petición.

Queda por siempre agradecida,

ANNA KARENINA

SAN PETERSBURGO

Estimada y admirada señora Charlotte Brontë:

Me tiembla la pluma al escribir su nombre, pues es tanta la emoción que siento al saber que dentro de unos días leerá esta carta que mi mayor temor es que no llegue a sus manos. La admiración y el respeto que siento hacia usted frenan mi deseo de amistad. No sé si es inconveniente y una falta de cortesía, quizás las dos cosas, pretender robarle su tiempo para hacerle saber de mi tormento interior, de la angustia que padezco y que solo la lectura de *Jane Eyre* consigue aliviar, como si fuera el láudano que se toma cuando nos duele la cabeza.

Acaso juzgue atrevidas y fuera de lugar estas líneas. Le ruego que continúe leyendo. La impresión que me causó la primera lectura de su novela, tan extraordinaria, provocó en mí muchas lágrimas y alegrías cuando, por fin, Jane encontró la felicidad al lado del señor Rochester.

Es el amor que lo cura todo, de eso, ahora más que nunca, estoy convencida. Las mil adversidades, penurias e injusticias tienen reparación cuando nuestros sentimientos son correspondidos por el ser amado. Así me lo ha enseñado Jane. Le pido disculpas por el trato familiar que doy al personaje de su novela, pero es para mí tan real y carnal como lo podría ser una hermana queridísima, una madre entregada, una amiga leal.

Miss Sullivan es el ángel que me dio a conocer *Jane Eyre*, su ejemplar sirvió como única lectura para perfeccionar mi inglés,

pero, sobre todo, para enseñarme que la fortaleza, la voluntad y la dignidad de una joven son sus mejores alhajas.

Discúlpeme si le explico mis aflicciones, si lo hago no es por otro motivo que el de salvar dos vidas humanas, la de mi hijo que está por nacer en pocas semanas y la mía. *Jane* me ayudará, me digo en sueños y en vigilia.

Busco refugio en la sabiduría, templanza y coraje que *Jane* demostró a lo largo del relato de su vida. Me pregunto: ¿acaso es usted también *Jane*? Y aunque no lo fuera, confío en que mi súplica será escuchada.

Mi vida es placentera en lo exterior, gozo de una situación social encumbrada, poseo casa en Petersburgo y hacienda en el campo, una docena de siervos y doncellas asisten a nuestras necesidades cotidianas. Mi marido, *Aleksei Aleksandrovich Karenin*, es un alto funcionario muy apreciado por el Zar y el círculo selecto que le rodea. Es un hombre de grandes cualidades morales, de cultura envidiable y de un sentido del humor que es, en muchas ocasiones, un disfraz para la ironía ofensiva. No tengo nada que reprocharle, excepto sus años y su fealdad.

¡No, espere! ¡No le habla una frívola! Querida señora, he de confesarle mis auténticos sentimientos porque su perspicacia los descubriría y cerraría la posibilidad de una amistad, pues nada es más decepcionante que las falsedades ocultas en envoltorio pomposo que dejan al descubierto, al abrirse, la podredumbre.

He cumplido veinte años y mi hijo tendrá, cuando nazca, un padre de cuarenta y nueve años. Mi boda con *Karenin* sacrificó un amor puro y apasionado por *Andrei*, un joven médico del que yo estaba enamorada, tanto como él de mí. Era un amor imposible porque jamás mis padres habrían permitido esa boda. *Andrei* no pertenecía a la aristocracia, era hijo de unos modestos

comerciantes y su futuro sería el de un humilde médico que apenas podría mantener una familia. Notará que uso el condicional, porque Andrei se suicidó el mismo día de mi boda echándose a las aguas frías y profundas del Neva. Este terrible recuerdo acuna a mi hijo, para mí es su verdadero padre, pues con Karenin me obligo a cumplir mi deber de esposa, sí, pero es Andrei a quien abrazo.

Me he prohibido pasear cerca del pretil del puente porque siento, cuando me acerco, unas irrefrenables ganas de echarme al río. Me digo que he de resistir y aceptar mi destino. Así lo hizo Jane. ¿Puedo ampararme en ella para ahuyentar tan horrendo pensamiento?

Suya, afectísima e incapaz de continuar por las lágrimas que nublan mi vista y emborronan esta carta.

ANNA K



LONDRES

Apreciada Anna:

Charlotte Brontë, mi creadora, murió prematuramente hace seis años. Estaba embarazada y enfermó de tuberculosis, como sus hermanas. Yo utilizo ahora mi apellido de casada, como es habitual, y cuido con esmero mi privacidad. La carta que usted escribió hace unas semanas a la editorial cayó en manos de Agnes, la secretaria, y ella me la remitió a mi actual domicilio en Londres. Ha considerado, con buen tino, que debía ser yo misma quien decidiera si quiero o no contestarla.

Y eso hago ahora. Lo hago porque de su texto se desprenden unas emociones oscuras, por no decir peligrosas, que han llamado mi atención. Intuyo vagamente que usted percibe ese nefasto decurso de los acontecimientos a su alrededor como demasiado intenso, tan intenso que aniquilaría cualquier tipo de obstáculo que se interpusiera entre las expectativas de su marido y de su familia con respecto al futuro y la consecución de los designios de este. Aunque me pregunto: ¿servirá de algo esta intromisión espontánea por mi parte que usted parece demandarme y a la cual me siento sinceramente impelida? Lo cierto es que creo que estoy en buena disposición de ayudarla y que cuento con recursos intelectuales suficientes para ello, de esos que mis propias experiencias me han proporcionado. Aunque, por otro lado, piense que para comunicárselos necesito contar con la más

completa libertad. Si le contesto condicionada por la angustia de ser malinterpretada, esa ayuda no va a ser la misma.

Entonces... permítame que me exprese con espontaneidad.

En cualquiera de estas encrucijadas del espíritu que la vida nos va colocando por delante se establece de entrada un apasionante equilibrio entre la dicha y la desdicha, dentro del cual dejarnos llevar por el abatimiento puede abocarnos a una historia de inmisericorde crueldad. Procure, pues, apartarse de ese poder injusto al cual nos someten las convenciones sociales, de la retórica de lo cotidiano, pero tampoco caiga en la tiranía de la modernidad —en ocasiones demasiado cínica— o en la interpretación de los acontecimientos según sus particulares obsesiones. Me la imagino luchando demasiadas horas al día contra unos pensamientos a los cuales ansía vencer.

Adivino que usted fue una niña privilegiada, y, de ser así, esta es una vivencia con la que usted parte con ventaja sobre muchas otras mujeres que, tanto en su Rusia natal como en el resto de Europa, han tenido que madurar antes de tiempo porque no han tenido niñez. Hay más infancias fallidas que fructuosas o, dicho de otra manera, millones de personas que simplemente no han tenido infancia. En cualquier caso, no una que puedan fácilmente evocar. Jamás han tenido juguetes sofisticados, jamás se han podido relacionar con otros niños para correr, saltar, hacer ejercicio, celebrar cumpleaños por todo lo alto... Y lo más desesperante es que, cuando llegan a la edad adulta, ya es tarde para experimentar todas esas peripecias, todas esas odiseas que irremisiblemente quedaron truncadas. Porque la infancia solo ocurre una vez en la vida. Y la madurez, si existe, es ese periodo de la existencia que se contenta reproduciendo el cúmulo de evasiones que le ha otorgado, precisamente, la infancia.

Se lo recuerdo porque creo que es importante que piense en ello, que piense en Anna, la niña, y también en el hijo o hija que está por nacer. Reflexione, pero no deje que se le vengan encima, desordenadas, todas esas sensaciones a las cuales quizá no fue capaz de dar rienda suelta mientras vivía anestesiada por los preparativos de su boda. Imagino su desánimo, su miedo, sobre todo estando ahora embarazada, todo ello mezclado con la evocación constante del drama sucedido con Andrei. La comprendo. ¡No imagina cómo la comprendo! Es por ello que le insisto en lo importante que es, en su caso, pararse a reflexionar. ¿Cree que puede estar invadida por simples sentimientos de culpa respecto a su entorno? ¿Por no plegarse a lo que considera impropios o indeseables vestigios de esa conciencia que anida en lo más profundo de la mente femenina, sobre todo en lo concerniente a temas sociales y familiares? Hágase estas preguntas y, si lo desea, comuníqueme las conclusiones a las que ha llegado, porque así me será más fácil ayudarla.

Pero si, por el contrario, las emociones que me relata quedaron atrás y ha recuperado el ánimo y las ganas de vivir, puede también hacerme partícipe de ello; de hecho, constituiría un buen motivo para escribirme de nuevo.

Me despido, ¿quizá hasta pronto?

JANE



SAN PETERSBURGO

Estimada Jane:

¿Cómo puedo ser tan afortunada? Mil veces me he arrepentido a lo largo de estas semanas de la carta que dirigí a la señora Charlotte Brontë. Creí que mi atrevimiento merecía el silencio, no en vano mi deseo, del todo egoísta, perseguía la atención de quien poseía la sensibilidad y la inteligencia más elevadas que he conocido. Me apena la muerte de la autora de *Jane Eyre*, pero también he de admitir que la congoja no disminuye la alegría que siento al leer su carta.

Jane, todas sus palabras que iluminan hoy mis pensamientos son como la antorcha que en una noche invernal nos conduce al refugio seguro. En el tono de su respuesta a los temores y pesadumbres que le hice saber, entiendo que está usted dispuesta a tenderme la mano. ¿Estoy equivocada?

Mi corazón me dice que he encontrado una amiga del alma, de manera que me permito continuar con mis confidencias. Aunque he de rogarle que, si me ha de regañar, lo haga sin vacilación; si le aburren mis cuitas, considere no permitirme que malgaste su tiempo y su atención. Doy por hecho que, entre usted y yo, la amistad más pura y leal será nuestro propósito y que nada en el futuro podrá romper nuestro pacto.

Sí, Jane, soy impetuosa, sufro enormemente por pequeños tropiezos e inconvenientes y, sin embargo, a los pocos minutos

puedo sentirme la mujer más feliz del mundo solo porque un pajarillo, un pequeño gorrión se ha posado en el alféizar de mi ventana. Desde que era una niña he interpretado las señales de la naturaleza como advertencias, avisos, promesas de un futuro cercano. ¿Cree que estoy loca? Yo misma siento que mi corazón se agita sin motivo, una nube pasajera tiene en mi ánimo el mismo efecto que una violenta tormenta de verano. La mirada de un hombre joven, cuando se cruzan nuestros pasos, me sugiere un apasionado romance. Vea usted que ando todo el día con mil palpitos, deseos y miedos. Reconozco que la mayoría son imaginarios, pero, ¡ay, amiga mía!, nada puedo hacer para refrenar esta cabeza que acompaña a mi corazón desbocado.

Hace tres semanas nació mi hijo Seriozha. Después de dos días de agonía en los que creí morir, apareció su cabecita y su cuerpo al que apenas vi, tanto era el dolor que ni siquiera tenía fuerza para respirar. En aquel suplicio prometí no tener más hijos si sobrevivía. ¡Qué horrible trance y cuánto sufrimiento! Me pregunto por qué la naturaleza no es más benévola con las mujeres. Aleksei Aleksandrovich opina que es un niño muy lindo, pero yo creo que es poco favorecido, muy oscuro de piel, y, por desgracia para el pobrecito, ha heredado las orejas descomunales de su padre. Cualquiera otra madre estaría ciega y no vería que la criatura carece de belleza. Soy su madre y no puedo ocultar mi decepción; por fortuna el niño duerme casi todas las horas del día. Su ama dice que se alimenta muy bien y que duerme tranquilo por las noches. ¿Se da cuenta, Jane? No soy una buena madre, pero confío en que cuando Seriozha crezca tendré ocasión de encariñarme con él.

Mis afanes actuales son muy otros. Se preguntará qué clase de asuntos me distraen en este punto, cuando no ha pasado ni un mes desde que nació el niño. Tal como le expliqué en mi primera carta,

siento una profunda aversión hacia mi marido. No tiene la culpa, ni yo motivos para rechazarle. Conmigo intenta ser cariñoso, pero su carácter tosco y su manía de aparentar una inteligencia privilegiada me desquician. Sus comentarios nunca son directos, simula una astucia que no tiene y eso le hace parecer ridículo a mis ojos. Sé por su secretario, un joven muy agradable y en quien confío, que sus subordinados imitan el caminar patizambo de Karenin y se ríen de él a sus espaldas.

Tiene razón en que he tenido una infancia privilegiada y que la mayoría de las niñas de Rusia, del mundo entero, no tienen mi suerte y han de vencer mil adversidades para sobrevivir. La vida de privaciones, por la mala suerte de nacer en hogares modestos, condena a estas niñas a trabajos fatigosos y matrimonios infelices con hombres que las maltratan y las llenan de hijos. Sí, esa es una realidad, pero, amiga mía, ¿he de sufrir por la condición humana? Como es natural, me apena y quisiera que todas las personas pudieran tener aquello que desean; sin embargo, ese deseo va contra la naturaleza. Mire a su alrededor, los animales, las plantas, todo sigue un orden divino, en el que conviven los débiles con los fuertes; la belleza con la fealdad; la enfermedad con la salud.

No pretendamos igualar la fortuna de los seres humanos, creo que es un acto de soberbia. La pobreza es necesaria tanto como la riqueza; cuando miro a nuestros campesinos, a nuestros criados, su poco entendimiento y sus, en muchas ocasiones, indecorosas costumbres, me digo a mí misma que han tenido suerte de vivir en la casa de Aleksei Aleksandrovich Karenin.

Por hoy, querida amiga, pues así la considero, me despido. Reciba mi agradecimiento y todo mi cariño.

ANNA K



LONDRES

Querida Anna:

Su carta me ha sorprendido sentada en la sala familiar de mi casa, descansando, tras un día de ajeteo en el que he tenido que resolver varias cuestiones legales concernientes a la nueva situación aquí en Londres, tanto la de mi hijo como la mía. Vivo de alquiler en una residencia en la parte de Hyde Park más cercana al centro de la ciudad y suelo recibir el correo por la tarde. Estaba tomando el té cuando ha entrado uno de los sirvientes con la correspondencia del día. Su carta me ha alegrado; entre líneas percibo su estado de ánimo bastante más sosegado. El tono de sus anteriores confidencias me había producido preocupación, sobre todo en lo que respecta a los peligrosos recuerdos, demasiado vívidos, de lo acontecido con Andrei.

En esta última carta se reconoce usted como una privilegiada, y eso es tranquilizador. Lo es, por lo menos para mí, teniendo en cuenta la desazón que me provocó al principio. Intranquiliza, de todos modos, la forma en la que narra la relación con su marido. No estimo que pueda ser la suya una convivencia fácil. Como tampoco parece que usted ponga en la relación con él grandes afanes, que sería lo deseable. No se ha sincerado del todo conmigo respecto a si su marido sí demuestra interés... cómo se comporta en los momentos íntimos, si está capacitado o no para demostrarle a usted el

valor del cariño y del erotismo que debería existir entre ambos, esos vitales arrobamientos de los sentidos. Creo que tiene usted derecho a tanta ventura sensual y amorosa como sea humanamente posible, además de la necesaria espiritualidad para acompañarla.

No puedo evitar pensar en lo que fue la relación con mi marido durante una década, antes de su muerte hace ya varios meses. Sin duda, los años más felices de mi vida. La mutua comprensión, los mutuos horizontes, la armonía intelectual y física, los mutuos detalles. ¡Qué valiosos son los detalles en la pareja! Los regalos, por ejemplo, aunque sean bagatelas, tan necesarios para servir al amor, refinar los sentidos... no importa verdaderamente cuán sencillos o sofisticados sean. Cualquiera de ellos cumple su misión, la de mensajeros o intermediarios de la pasión, de la magia, de la seducción...

Espero no estar siendo demasiado indiscreta o importuna con el tema. Ya le comuniqué que necesito una absoluta libertad para expresarme. La amistad no sobrevive sin franqueza y confianza. ¿No opina usted lo mismo? Por lo que a mí concierne, sepa que crece en mi interior el deseo de que sepamos fortalecer ese vínculo que tan espontáneamente ha surgido entre las dos.

Y, a la que considero ya una amiga, me apetece hacerle participe de mis planes y rutinas aquí en Londres. Cuando me mudé hace unos meses, no todo lo que vi respondía a la idea que me había hecho de lo que es una gran ciudad, la capital del mundo en estos momentos. La verdad es que me esperaba más. Me impresionaron mucho los barrios bajos. Su suciedad; los vendedores ambulantes, hombres y mujeres vestidos con andrajos; la cantidad de prostitutas; los delincuentes; las calles estrechas, adoquinadas y resbaladizas por la acumulación de restos de basura y excrementos de los muchos animales que las recorren; los callejones tenebrosos, de los cuales suelo huir con verdadero miedo en el cuerpo... La vida

de los que habitan estas zonas deprimidas es bastante más miserable que la de los campesinos de provincias, que tan bien conocía yo antes de venir. Mi idealización sobre lo que iba a encontrarme en la capital se topó, ya desde los primeros días, con la crudeza de la realidad: una pobreza extrema en medio de la prosperidad del gran Imperio británico. Son barrios pobremente alumbrados por mortecinas lámparas de gas del todo insuficientes, las aguas negras de las residencias van a parar a la calle generando un olor insoportable, casi la mitad de los niños muere antes de cumplir los cinco años... Son, además, eso lo sabemos todos, escenario de los más brutales asesinatos, sobre todo a prostitutas callejeras, la mayoría alcohólicas, quienes son muchas veces atacadas físicamente por sus clientes con total impunidad. Crímenes en su mayoría sin resolver porque las clases dominantes no parecen preocuparse por el tema.

Luego están los barrios elegantes, ricos. Ese otro Londres que no tiene nada que ver con el que le acabo de describir. Son como dos países sin afinidad alguna, que ignoran el modo de vida, los pensamientos y los sentimientos del otro. Como dos planetas con criaturas de distinta apariencia, nutridas por alimentos diferentes, no gobernadas por las mismas leyes.

En esos barrios más opulentos, como Berkeley Square, Hyde Park, Belgravia... observo solo damas de elegantes vestidos, paseando bien protegidas del sol con sus sombrillas, y caballeros con chisteras dirigiéndose en carruajes a sus negocios, bancos o bufetes. En los parques, las sirvientas cuidan de los niños o pasean a los bebés en cochecitos de lujo cubiertos con colchas bordadas. Por las noches, los elegantes landós circulan por las calles, llevando a las parejas a los bailes privados o a los locales de moda. En algunas de sus calles, las casas tienen zonas ajardinadas alrededor de cada una de ellas; en otras, son edificios adosados de dos o tres

plantas, de diseño neoclásico, líneas muy puras y adornos en las fachadas. Barrios habitados por las familias que solían vivir en sus casas de campo, y no hablo de *cottages*, claro, sino de enormes mansiones.

La residencia que estoy alquilando pertenece a la familia Braywoods. Es bonita, aunque no de las más lujosas. Vivo muy tranquila con mi hijo; no quiero extenderme ahora sobre lo que representa para mí tenerlo a mi lado ahora que soy viuda, aunque mencionarlo me hace recordar algo que me ha sorprendido de su carta: el desapego que quiere hacerme creer que siente por su recién nacido bebé. ¿No será, en gran parte, el miedo a amar demasiado? ¿A entregarse en exceso y sentirse así limitada y, sobre todo, vulnerable? El amar a un hijo no debe implicar dejar de amarse a sí misma ni diluir la propia libertad.

Con estos pensamientos me despido, espero que hasta muy pronto.

JANE